

## La filosofía de Descartes

El método cartesiano representa -como bien sostiene Blumemberg en su obra *La legitimidad de la Edad Moderna*- el inicio de la modernidad filosófica. La principal causa de ello la encontramos en su intento de romper con el pasado para fundar un nuevo método filosófico fundamentado en la razón, así como también en su crítica a los prejuicios, que se desarrollará con más profundidad en la Ilustración. Será la hermenéutica de Gadamer en el siglo XX la que intente rehabilitar el valor epistemológico del prejuicio (*Verdad y método*). No obstante, la modernidad cartesiana no se agota en su intento de crear un nuevo método, sino que es parte fundamental también de la Revolución científica y es la piedra de toque del giro epistemológico de la metafísica. Con el *Discurso del método* se inicia una época en la que la ontología deja de ser la filosofía primera para serlo la epistemología. Consecuencia de ello fue la proliferación de investigaciones o tratados sobre el conocimiento o el entendimiento humano, como en los casos de Locke o Hume.

A continuación, se introducen las claves de la filosofía cartesiana. Se comenzará definiendo el método y sus reglas, para continuar tratando el papel de la duda metódica. Hecho esto, se introduce la *res cogitans* en Descartes para, tras enumerar los tipos de ideas que existen a ojos del filósofo francés, tratar las pruebas de la existencia de Dios. En ese momento, será preciso tratar la idea de substancia (*res*). Por último, a partir de las características de la substancia extensa y la substancia pensante, se explicará en qué consiste el mecanicismo cartesiano y su concepción de la libertad.

Descartes considera que un método es un conjunto de reglas que ayudan a orientar a la razón a alcanzar con certeza la verdad. Para el filósofo francés, el método debe ser tan universal como lo es la razón o buen juicio, que es la “facultad mejor repartida del mundo”. La razón, por su parte, debe ser entendida como la facultad de la mente humana para discernir lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo. A diferencia del método baconiano, que es un método inductivo- deductivo, el cartesiano es un método analítico-sintético. La mejor forma de entender qué significa esto es a través de las cuatro reglas que Descartes postula como características de su método.

La primera se trata de la regla de la evidencia, que establece que no hemos de dar por verdadero más que aquello que concibamos de forma clara y distinta. Es más, claridad y distinción son los criterios de verdad en Descartes. La regla del análisis es la segunda y consiste en dividir cualquier idea o problema en tantas partes como sea posible. Con esta regla, Descartes busca un primer principio cuya evidencia le permita funcionar como un “punto arquidémico” sobre el que descansen las demás verdades. Alcanzadas las ideas más simples, la regla de la síntesis establece que de las ideas simples deben derivarse ideas más complejas. Por último, la regla de la enumeración insta a revisar y repasar los pasos previos para evitar cualquier error cometido.

Si estas son las herramientas del método, la herramienta que emplea Descartes es la duda. Con el propósito de alcanzar alguna idea o verdad evidente por sí misma, Descartes usa la duda para intentar llegar a un primer principio sobre el que no sea posible dudar. Para ello, pone en duda la información que nos llega a través de los sentidos e, incluso, la posibilidad de diferenciar la vigilia del sueño. La duda cartesiana es universal, pues se llega a dudar de todo, pero también radical, ya que va a la raíz de cualquier idea. A su vez, la duda es también hiperbólica, llegando a dudar de cosas sobre las que no sería razonable dudar, todo ello con el objetivo de poder fundamentar un método sobre el que se asienten todos los conocimientos. El resultado es la hipótesis del genio maligno, que consiste en postular la posible existencia de un “Dios” engañador que no nos permite tener certeza ni siquiera de las verdades matemáticas.

Aplicada la duda metódica, Descartes alcanza la certeza de su propia existencia. ¿Acaso puede uno dudar de que está dudando? Pues bien, del hecho mismo de dudar se puede concluir que se está pensando y, por ende, existiendo: “Pienso luego existo” (*Cogito ergo sum*). En este punto, Descartes se pregunta en qué consiste la propia existencia:

¿Qué soy yo, pues? Una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, conoce, afirma, niega, quiere, no quiere y, además, imagina y siente.

Como se puede ver, Descartes hereda el dualismo antropológico platónico dominante durante la Edad Media. Para Descartes, somos antes alma o mente que cuerpo, algo que tan duramente será siglos después criticado por Nietzsche. Desarrollaré esto más adelante, pues ahora conviene continuar examinando cómo Descartes desarrolla sus *Meditaciones metafísicas*.

Con vistas a fundamentar ese gran árbol del conocimiento -que asienta sus raíces en la metafísica, entronca en la física y se ramifica en la ética, la medicina, etc.- Descartes se basa en su propio pensamiento y la razón. La metáfora del árbol permite entender que para el autor aquí comentado el conocimiento y el saber es uno, como también la razón es única y la misma para todos. Si la facultad de conocer es una sola, el conocimiento es también todo él un único *corpus*, a diferencia de posturas como el perspectivismo nietzscheano.

Descartes busca en su propio pensamiento alguna idea a partir de la cual proseguir. Para Descartes existen tres tipos de ideas: las ideas adventicias, que tienen su origen en la experiencia; las facticias, que son resultado de un proceso de combinación o modificación de otras ideas; y las innatas, inmanentes a la propia mente. Estas últimas son también universales, ya que están presentes en la mente de todas las personas. La universalidad de las ideas innatas las convierte en las idóneas para alcanzar un método universal. Así pues, Descartes prosigue con la idea innata más perfecta de todas: la idea de Dios.

Descartes, en la línea de autores como Anselmo de Canterbury, sostiene la posibilidad de demostrar la existencia de Dios. De hecho, una de las tres demostraciones que Descartes postula la toma directamente de Anselmo. Se trata de la demostración que parte de la idea de que Dios es lo más perfecto que se puede concebir. De esto se seguiría la existencia de Dios, pues si no existiese sería posible imaginar un ente aún más perfecto.

Las otras dos demostraciones se basan en la contingencia humana, que implicaría que no podemos ser la causa de una idea perfecta como la idea de Dios. Así pues, la causa de la idea sería el propio Dios, que debe existir pues de otra forma no sería posible que la idea de un ser perfecto estuviese en nuestra mente. La otra demostración sostiene que no podemos ser nuestra propia causa (*causa sui*), pues al tener la idea de un ser perfecto, nos habríamos criado siendo perfectos. Nuestra contingencia e imperfección deriva, por ende, en la demostración de que Dios existe.

Ahora bien, ¿qué es Dios exactamente? Una substancia infinita. Con el término substancia, Descartes se refiere a aquello que subsiste por sí mismo de forma independiente. Existen tres tipos de substancia: Dios o la substancia infinita (*res infinita*), la substancia extensa (*res extensa*) y la substancia pensante (*res cogitans*). Estas dos últimas son substancias porque son independientes entre sí. Sin embargo, en sentido estricto, la única substancia es Dios, ya que las otras dos dependen de Dios para existir. La relación entre estas dos substancias y la substancia infinita será llevada a su máxima expresión por la *Ética* de Spinoza. Tras la demostración de Dios, quedaría rebatida la hipótesis del genio maligno y, por tanto, de ello deriva la veracidad de las verdades matemáticas.

Las verdades matemáticas, a su vez, nos permiten conocer la *res extensa*; pues, por definición, lo extenso es lo que ocupa un espacio y lo que es numerable. En la caracterización cartesiana de la *res extensa*, encontramos el mecanicismo propio de la física moderna newtoniana que, a partir de la idea de causa eficiente, esboza un universo de carácter determinista que funciona como un mecanismo. ¿Es posible, entonces, la libertad humana? Sí. A diferencia de los animales, los seres humanos son al mismo tiempo cuerpo (*res extensa*) y alma (*res cogitans*). El alma, que escapa a la causalidad a la que está cometido el cuerpo, posibilita la libertad. Concretamente lo hará a través de una de sus facultades: la voluntad, que es la capacidad de desear y querer. La voluntad, por su parte, debe alejarse lo más posible de los dictados del cuerpo y acercarse a lo que dicta la recta razón. El racionalismo cartesiano ve en las emociones y sentimientos realidades que vienen del cuerpo y que deben ser evitadas con el objetivo de vivir libremente, a diferencia de posturas como la sostenida por David Hume.